

1. MÍA

A menudo pienso cosas, cosas extrañas, resulta difícil explicarlo. Tengo sueños. Pero no se lo cuento a nadie porque un día prometí no hacerlo. De eso hace ya mucho. Y en Víctor, pienso muchísimo en Víctor. No todos los días, aunque poco falta. Ahora Víctor quiere que compremos un gato, o que lo cojamos de la calle, no sabe. Dice: «Voy al colegio y todo eso, no hay razón para que no tenga un gato». Es un niño muy listo, me cuesta mucho convencerle. Víctor tiene seis años, yo veintitrés; diecisiete años nos separan. A veces, si voy con él de la mano, algunas mujeres piensan que soy su madre. Dicen cosas en voz alta, nos señalan. Fijan la vista en nosotros. Pero tan solo se confunden las que no nos conocen, aquellas que no son conscientes de la suerte de cosas por las que tuvo que pasar la familia. El resto sí saben bien lo que hay. Yo las escucho y callo. Y le aprieto la mano a Víctor y le doy un beso muy sonoro. Como si de verdad fuese hijo mío.

Nadie se lo ha explicado, pero ya hubo un gato en la casa, uno muy pequeño de color anaranjado. Nunca llegó a crecer del todo: apenas si levantaba un palmo del suelo con las patas estiradas. El caso es que una mañana apareció muerto, de buenas a primeras. Mala suerte. Ni papá ni mamá se lo han contado nunca a Víctor, bas-

tante tienen con lo suyo. Tampoco yo le he dicho nada acerca de ese gato, de ningún modo me gustaría tener que hacerlo; de la familia soy la que menos habla. Resulta que en la casa duró poco ese gato, no llegó a los quince o dieciséis días. Diecisiete como mucho. Recuerdo cuánto me obsesionaba que quisiera escaparse. Soñaba con cerraduras inservibles, pasadas de vueltas, y con barandales a punto de desprenderse de una terraza que en la realidad nunca tuvimos.

Víctor va al colegio los sábados. No es un colegio normal, como el centro al que asiste a diario, sino uno destinado a los niños que son más inteligentes que el resto. Son muchos. Los mezclan en las clases sin importarles sus edades. Hacen juegos de ingenio, sobre todo, y de lógica, a Víctor le encanta la lógica. Dice que todos se dirigen a los profesores por su nombre de pila, es un colegio diferente, y los alumnos pueden conversar mientras hacen las tareas, no como en los otros centros, allí nadie los reprende. Fui yo quien se empeñó en que le hicieran un examen al niño —qué podíamos perder—, y ahora me encargo de acompañarlo cada sábado.

En total, pasa en su colegio unas tres horas. Yo podría volver a casa y reaparecer pasado ese tiempo para recogerlo, pero casi siempre espero en un parque. Lo prefiero. Me siento en un banco que está frente a la ventana de su clase y observo a los niños a través de los cristales. Se me pasan pronto las horas. Allí los veo hacer tareas juntos, no les cuesta relacionarse. A veces trato de imaginarme de lo que hablan unos y otros, me invento los diálogos. Casi siempre Víctor saca el tema de nuestro padre, así que los otros le preguntan entonces, quieren saber lo

que le pasa. Él les contesta que lo conoció tarde, ojalá hubiera nacido un par de años antes. Les habla del paso del tiempo, de los cambios, Víctor odia los cambios. Y les dice que muy pronto nuestro padre va a morir.

De vuelta a casa me decido a contarle lo del gato, pretendo distraerlo; me ha estado hablando de la muerte durante el trayecto, se ha puesto pesado con ese tema. Le ronda en la cabeza.

—Tú no habías nacido todavía, Víctor, aunque mamá ya estaba embarazada —le digo. Intento sonreírle—. Era muy travieso, ¿sabes?, maullaba de noche porque tenía hambre, o porque le daba miedo estar solo, no se sabe. El caso era despertarnos a cada momento, era un gato malo.

—¿Y por qué murió el gato?, todavía era un cachorro.

Me llaman la atención las cosas que desean los niños, las que ansía Víctor. Es el crío más inteligente que conozco, mucho más de lo que lo era yo a su edad, o cualquiera de mis compañeros. Sin embargo, su aspiración más firme es tan simple como tener un gato.

—Y también era egoísta, si es que es correcto decir que un gato pueda llegar a serlo. Le daba igual que nadie pegara ojo con tal de tener el buche lleno.

—Pero, ¿por qué murió el gato? —insiste.

A Víctor le importa el porqué de las cosas, se obsesiona con las razones, me lo han contado sus profesores. Me detengo ante un semáforo y le cojo de la mano. Intento no apretársela más de la cuenta.

—No sé, Víctor, los animales mueren, y ya está. Me levanté una mañana y el gato estaba muerto, así de repente. A veces las cosas no suceden por un motivo determinado, sino por la simple razón de que tienen que

sucedan, como la muerte por ejemplo, de pronto todo se acaba. Y no hay por qué darle demasiadas vueltas.

El semáforo cambia a verde, pero ninguno de los dos caminamos.

Nuestra madre cocina y limpia la casa los sábados, fuma en el umbral que separa el cuarto de la lavadora del resto de la casa. Fumar es su vicio. Sé que es el único momento en toda la semana que siente como suyo, al menos durante las temporadas en las que papá no está con nosotros; ahora se encuentra hospitalizado. Por eso es por lo que hago tiempo sentada en el parque hasta que Víctor sale de su colegio, me hago cargo, prefiero no interrumpirla. Leo un libro para matar el tiempo si es que me canso de mirar las ventanas. La llamo por teléfono una vez recojo a Víctor para anticipar nuestra llegada.

—¿Y cómo se llamaba? —pregunta Víctor.

—No tenía nombre, nunca llegué a ponerlo.

—¿De qué habláis? —dice nuestra madre. Le da un beso a Víctor. Estira el brazo con el que sujeta el cigarro para alejarlo al máximo de su cara. Apaga la colilla en un vaso con un dedo de agua.

—Del gato, mamá —contesto.

Ella cierra los ojos, traga saliva. Recuerda con nitidez el momento exacto de su muerte. Sé que siente un escalofrío. Se estremece, lo hace muchas veces, pero no le digo nada porque no lo reconocería. Sería como perder el tiempo.

—Hoy toca ir a verle —dice—. A papá, ya lo sabéis. Es sábado. —Entorna la puerta del cuarto de la lavadora, agi-

ta un brazo para disipar el humo—. Me pongo nerviosa antes de las visitas. Menuda tonta.

—Ya pronto volverá a la casa —le digo, no se me ocurre otra cosa. A mi manera intento consolarla.

Víctor apoya su mochila en el suelo. Está casi vacía; apenas utilizan libros en ese colegio suyo. Después nos mira.

—Sé que papá va a morir, igual que ese gato que tuvisteis antes de que yo naciera. Ya no soy un crío.

Recojo la mochila del suelo, de pronto necesito tener las manos ocupadas, y la mente. No sé adónde ponerla. Me pesa por mucho que no contenga ningún libro.

—Volverá a la casa —repito.

Mamá continúa inmóvil, con el vaso en el que apagó la colilla sujeto entre las manos. Si lo oprimiera más sería capaz de reventarlo.

—Eso no va a ocurrir, Víctor, no sé quién te ha metido esa idea en la cabeza —dice después de unos segundos que parecen años—. Dime, ¿por qué razón habría de morir?

Mamá me agarra del brazo, necesita contacto. Su piel está tan fría como el cristal de su vaso. Víctor no hace nada. Tan solo escucha. Sé que cree que mamá le miente, no es extraño pensarlo. Sabe que sí hay razones para creer que papá va a morir, también yo lo pienso, a él nadie le ha explicado lo que le pasa. Se obceca con las razones, busca el porqué de todas y cada una de las cosas. A toda costa. Es un niño muy listo. Sus profesores de los sábados me lo han advertido.